410

Escrituras
Cuéntame cómo mataban
Dos libros analizan la violencia que acompañó la transición política española
Página 12

Expuesto
Descenso de la Rambla
Un espacio urbano y esencialmente público, escenario y protagonista de vivencias barcelonesas
Página 18

Espacios
Popular Cabanyal
Corre peligro una de las grandes muestras de modernismo vernáculo, sin culturalismo
Página 22

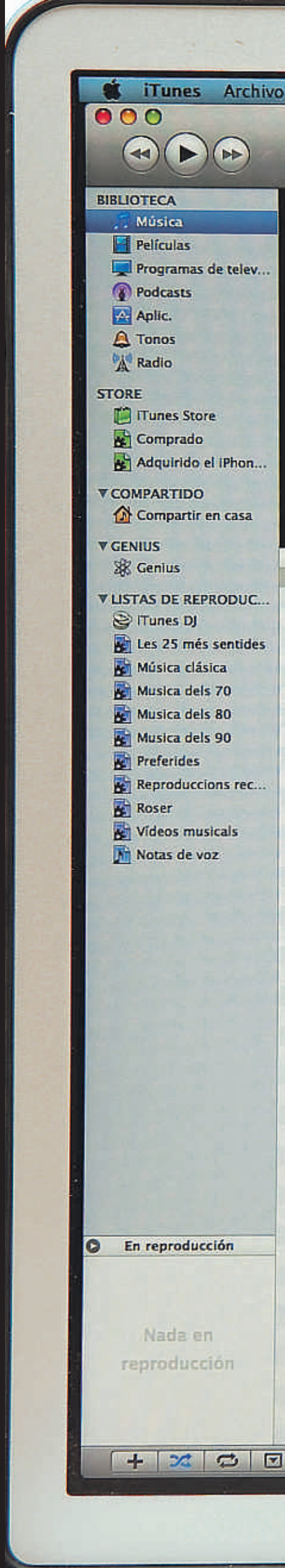
El decenio que cambió la música

Internet ha transformado las relaciones entre creadores y receptores. ¿Qué futuro le aguarda a la industria?

Páginas 2 a 5

MIÉRCOLES 28 DE ABRIL DEL 2010

LA VANGUARDIA



el sueño. La lectura de estas narraciones te introduce en la palpitación laberíntica de un mundo y de un lugar que no sabes bien a que época pertenece a excepción del último, *La mina del jardín de los pavos reales*, que es el más concreto. El autor dice haberlo escrito "porque mucha gente se quejaba de que no entiende mis historias", y porque quería recuperar algunas figuras históricas de cuando los ingleses acabaron con el imperio mongol, en la India del siglo XIX. Lo cierto es que el lenguaje preciso te mete en el corazón del sentimiento de un personaje que ni siquiera ha sido descrito o a un lugar que ves y del que sólo te ha contado un mínimo detalle, pero con tal exactitud que no hace falta más. Las palabras bailan, las frases retumban y el misterio de Masud vuela hasta la cotidianidad de una mujer que aparece como una sombra en el quicio de una ventana, la vibración que envuelve a unos objetos olvidados en una armario cuarenta años atrás, las apariciones y las desapariciones en los patios de las casas, entre las brumas de un lago o las consecuencias de los cantos de una mina –especie de gorrión– del Himalaya que vive en una jaula de oro en el Jardín de los Pavos Reales.

Publicado por primera vez en castellano, sus personajes destilan la esencia de la parte vieja de su ciudad natal

Naiyer Masud nació en 1936 en Lucknow, capital del Estado indio de Uttar Pradesh –región del norte–, el más poblado del país y donde están el Taj Mahal y Benarés. Creció fascinado por la biblioteca de su padre, un erudito que fue catedrático de persa en la Universidad de Lucknow. A los siete años, Masud ya escribía poemas, aunque no fue hasta los treinta y cinco, tras el doctorado en urdu y persa, cuando empezó a escribir relatos. Unos relatos que el autor escribe despacio, que revisa y depura una y otra vez y en los que prescinde de la psicología de esos personajes que tan bien destilan la esencia de la parte vieja de la ciudad de Lucknow, de la que el autor no puede escapar y de la que apenas ha salido más que a través de la buena literatura. Es más, sólo consigue la concentración que exige la creación metido en la casa que heredó de su padre.

La finura es el calificativo que mejor define a esta prosa que ha crecido despacio, con la sutileza de quien no tiene tratos con la prisa ni hace demasiadas cosas al mismo tiempo. Confieso que la lectura de *Aroma de alcanfor* me ha conmovido; Masud ya vive en el espacio donde reservo mis armas de supervivencia. |

Pola Oloixarac, fotografiada el mes pasado en Barcelona
ROSER VILALLONGA

Novela Pola Oloixarac nos llega de Argentina con un coro de opiniones entusiásticas. ¿Su ópera prima es tan convincente como provocadora?

No es literatura para viejos

Pola Oloixarac
Las teorías salvajes

ALPHA DECAY
280 PÁGINAS
19 EUROS

ISABEL NÚÑEZ

La escritora Pola Oloixarac (Buenos Aires, 1977) ha llegado a este país envuelta en seductora provocación, arropada por el entusiasmo de la generación *nocilla* y por autores del prestigio de Ricardo Piglia. En sus declaraciones, la autora modelo y bloguera argentina desdeña la crítica ("Uno de esos oficios indecentes de los que prefiero mantenerme alejada"), cuenta que escribió la novela para soportar el horrible ambiente de la Universidad de Buenos Aires, donde estudió filosofía, y que quería repensar la literatura como forma de conocimiento.

La narradora de *Las teorías salvajes* es una estudiante que intenta seducir a un oscuro profesor de antropología en Buenos Aires, para desmontarle ideológicamente. La universidad, como en la magnífica *Sanshiro* de Soseki o en tantas novelas anglosajonas, es el centro-espejo donde todo confluye: el pasado (una tía de la narradora, izquierdista militante en los años setenta y *desaparecida*, dejó insólitas cartas a Mao) y lo actual (dos jóvenes *nerds* unidos desesperadamente por su deformidad, que inventan videojuegos de guerra y montan encuentros sexuales con discapacitados), en una maraña donde las teorías antropológicas, el saber filosófico, la ciencia y las nuevas redes sirven, con la música popular y otros discursos cruzados, para explicar el sexo o las relaciones de poder y parodiar el mundo cultural argentino y sus legados, la jerga psicoanalítica o el izquierdismo.

Más que una novela, *Las teorías salvajes* parece un curioso artefacto destinado a seducir al mundo editorial. La autora es inteligente, organiza bien sus apoyaturas culturales, sus citas, la escenografía intelectual construida con deliberada ligereza: la narradora llama a su gata Montaigne, y ahuyenta a su pez Yorick con el *Walden* de Skinner. Oloixarac aprovecha sus lecturas: de Pynchon toma su capacidad de conectarlo todo, sólo que en Pynchon hay una verdad amarga tras la descripción de la paranoia, que se anticipó a lo que venía, y el escritor empatiza con sus personajes, por locos que sean. En cambio Oloixarac sólo parece amar a su narradora álter ego y muestra tan frío desdén por los demás personajes que es tedioso seguirles. De Houellebecq toma los individuos solitarios, obsesionados por el sexo y sin habilidad social. Pero Houellebecq, al menos en sus primeras novelas, mostraba su verdad dolorida de hijo de sesentayochistas, permitía compartir su humor autoirónico, su rabia misántropa.

'Las teorías salvajes' es una obra cruel, y eso no es nuevo (antes fue Sade o Marcel Schwob), pero atraerá a muchos

Oloixarac ha escrito una novela cruel, y eso tampoco es nuevo –antes fue Sade, o Marcel Schwob–, pero atraerá a muchos. Lo nuevo es su transposición a la escena bonaerense y al vacío infinito de la red. Su parodia apunta la necesaria revisión crítica del discurso de la izquierda, de la propaganda y la demagogia que dominaron los setenta. Y la urgencia de esa desmitificación, unida a su vigorosa ferocidad adolescente (pura fe en la propia inmortalidad), explican su éxito allí. La supuesta crítica al psicoanálisis se queda en la superficie, sólo hay burla de la jerga, una queja light contra el arraigo de ese saber en Argentina, que en España nunca ha existido: aquí sigue siendo una minoría bajo sospecha y eso evita en parte la rigidez.

Tal vez el arranque de la novela o su fluidez formal sean sus mejores signos de futuro. En conjunto, se diría que a Oloixarac aún no le ha ocurrido nada, nada le ha dolido, nada la ha sacudido, salvo la ambición de un brillo provocador. Hay ideas brillantes y referencias culturales *decorativas*: las alusiones a Shakespeare y a Montaigne al nombrar sus mascotas, ¿quieren compensar el vacío, la pose que sustituye al poso, la condición *inhumana* de su novela, opuesta a los dos humanistas, sondeadores de profundidad? Habilidad falta de *chicha*. Cuestión de prioridades o tal vez de edad: los que esperamos otra cosa de la literatura no podemos gozar con ella, aun reconociendo su ingenio y sus dotes de seducción. |